

Diario de La Pradera

Sergio Pitol

12 de mayo 2004, miércoles:

Ayer al mediodía me interné en el Centro Internacional de Salud “La Pradera”, a media hora de La Habana; por la tarde exámenes y visita a los doctores. Me explicaron el tratamiento al que me deberé someter; por las mañanas me extraerán sangre, la enriquecerán con ozono en un recipiente al alto vacío y la reintegrarán al organismo por la misma vena. Esa operación no demorará más de una hora. Tendré pues todo el día para descansar, leer, hacer ejercicio en un inmenso jardín, y recapacitar sobre mis males y sus posibles remedios. Estoy atrasado en todos mis trabajos; procuraré escribir y leer con entera tranquilidad.

14 de mayo:

Anteayer, después de la primera sesión de ozono, experimenté una energía física y mental desde hace tiempo desconocida. Mi cuerpo se despojó de los dolores y fatigas, sentí una inicial restauración. En la noche anoté algunos comentarios sobre el cuento, su estructura, su especificación como género. Si a algún escritor me he acercado más es a Chéjov; no sólo por su obra: su persona me produce un enorme respeto. Aun antes de haber tenido noticias de su existencia estaba yo en su busca. Leerlo ha sido mi mayor ventura y una lección permanente. Desde hace cuatro décadas he estado bajo su sombra. Cuando escribí mis primeros cuentos no conocía su obra narrativa, sólo algo de su teatro, tal vez aún más moderno que los relatos. Antes de encontrarme

con su obra había ya leído casi todo Faulkner, mucho de James, de Borges, el *Doktor Faustus* de Mann, *La metamorfosis* y *El castillo*, *Las olas* y *Al faro*, Proust, Sartre. Buena parte del caudal que las editoriales argentinas: Losada, Sudamericana, Emecé, Santiago Rueda y Sur, derramaron la nueva literatura europea y norteamericana en todas las librerías de México al final de la segunda guerra mundial. Cada título, cada autor significaba una victoria. Los jóvenes decidimos sumergirnos tumultuosamente en la literatura contemporánea. De repente cerca de nosotros aparecieron dos narradores inusitados: Juan Rulfo y Juan José Arreola. Y un poco más tarde otro novelista sorprendente: el joven Carlos Fuentes. Los leímos con tanto interés como a los nuevos escritores europeos y norteamericanos. A pesar de que Chéjov había muerto medio siglo atrás yo lo coloqué en la primera fila de mis preferencias, y aún sigue allí. Chéjov mantiene un suspenso permanente en el relato. Un cuento suyo nos proporciona una impresión total, pero si lo releemos con frecuencia la historia se vuelve diferente. En una carta a Suvorin, su editor, del 1 de abril de 1890 le dice: “Cuando escribo confío plenamente en que el lector añadirá los elementos subjetivos que faltan en mis cuentos”.

En mis primeros cuentos, aun antes de leer a Chéjov, y hasta en los recientes, he dejado espacios vacíos para facilitarle al lector elegir alguna de las varias opciones de colmarlos.

15 de mayo:

Me inicié en la escritura a mediados del siglo pasado. En el año 1956 para ser preciso. Fui yo el primero en asombrarse de haber dado ese paso. Mi relación con la literatura se inició desde la infancia; tan pronto como aprendí las letras me encaminé a los libros. Puedo documentar la niñez, la adolescencia, toda mi vida a través de las lecturas. A partir de los veintitrés años, la escritura se entreveró con la lectura. Mis movimientos interiores: manías, terrores, descubrimientos, fobias, esperanzas, exaltaciones,

necesidades, pasiones han constituido la materia prima de mi narrativa. En buena parte de mi imaginación deriva de experiencias reales, pero también de los muchos libros que he transitado. Soy hijo de todo lo visto y lo soñado, de lo que amo y aborrezco, pero aún más ampliamente de la lectura, de la más prestigiosa a la casi deleznable. Algunos vasos comunicantes no fácilmente perceptibles transmiten lo que soy yo a mi lenguaje y lo que el lenguaje es a mí. Por intuición y disciplina he buscado y a veces encontrado la Forma que el lenguaje requería. En pocas palabras eso es mi literatura.

Al terminar la carrera de leyes asistí como oyente a algunas materias de la facultad de Filosofía y Letras y una vez a la semana al Colegio Nacional para escuchar a Alfonso Reyes sobre temas helénicos. Como oficio elegí la editorial; durante varios años traduje, corregí y recomendé algunos libros en distintas editoriales: la Compañía General de Ediciones, Novaro, y dos recientes en esa época, más ambiciosas y plenamente modernas: Joaquín Mortiz y ERA. En una ocasión pasé un par de semanas en Tepoztlán donde tenía alquilada una casa para concentrarme en mis labores. Esa vez me proponía terminar una traducción de un libro infantil por petición de Novaro para entregar con urgencia. Al llegar a la casa coloqué en una mesa el libro por traducir, la máquina de escribir, un diccionario y algunos cuadernos. Me proponía comenzar la labor esa noche. Pero no abrí el libro ni esa noche ni ninguno de los días siguientes. Hice un cuento y no abandoné la mesa sino hasta la madrugada. Me quedé consternado. Por las mañanas despertaba aturdido y salía como sonámbulo a pasear por el pueblo; sin proponérmelo, inconscientemente, pensaba en el cuento: lo que debía omitir, transformar, añadir; a ratos me sentía culpable ante la editorial, apresuraba el paso de regreso para comenzar la tarea, pero seguía añadiendo nuevos detalles, elegía los que podían ser más eficaces, buscaba el desarrollo después de la trama que seguiría del primer párrafo hasta el lejano final, me era muy difícil caminar en las arenas pantanosas de la zona intermedia, y al llegar a la casa releía las páginas surgidas de la noche, corregía infinidad de ineptias y recomponía el texto. En fin, cuando llegué a la ciudad de México llevaba tres cuentos completos y ninguna página traducida.

16 de mayo:

Al volver a la ciudad de México con mis tres primeros cuentos: “Victorio Ferri cuenta un cuento”, “Amelia Otero” y “En familia” me esperaba otro destino: mi plan de vida se fue transformando imperceptiblemente. Continué las rutinas habituales, conversar con los mismos amigos, presentarme todos los jueves al cine-club, permanecer hasta la una de la mañana en el María Cristina, discutiendo los temas de siempre, pero fui reduciendo mis actividades profesionales hasta un mínimo que apenas me permitiera subsistir. El tiempo rescatado lo aprovechaba para escribir. Casi todos los días José Emilio y Carlos pasaban a mi departamento para comentar nuestras nuevas lecturas, y discutir con toda libertad y camaradería lo que escribíamos. Cuando consideré haber logrado un determinado número de cuentos publiqué un pequeño libro: *Tiempo cercado*, en un tiraje mínimo del que sólo llegaron a las librerías veinticinco o treinta ejemplares, sentí que había pagado una deuda al componer nuevas versiones de los relatos que mi abuela, mis tías y una vieja sirvienta, que acompañó casi toda su vida a mi abuela, jamás se fatigaban de repetir.

Supuse que terminado el libro, volvería a las galeras, las planas, las imprentas y las traducciones. Pero no fue así; pronto me desprendí del sueño de dirigir la mejor editorial de México; durante doce años continué escribiendo cuentos. Pero eso fue en otros climas, ya que en 1961 quemé mis naves y en el verano de ese año me embarqué hacia Europa; para escribir requería una nueva existencia, establecer una inmensa distancia de una niñez bastante agobiante y de una adolescencia que parecía eterna. Pocos meses después y ya establecido en Roma, escribí un cuento, el primero en Europa, “Cuerpo presente”, diverso a los anteriores. Las historias contenidas en *Tiempo cercado* tenían por tema general la decadencia de los colonos italianos de la región de Huatusco, irrealizadas y degradadas por el paso del tiempo, la presencia de la Revolución con sus cargas de violencia, fracasos y sueños truncos. En “Cuerpo presente” traté de acercar la historia a mi tiempo

y a mis circunstancias y descubrí un lenguaje diferente. A partir de ese relato, y durante muchos años, mi concepción del cuento se fue modificando. Los temas, los recursos, los espacios literarios conocieron varias metamorfosis. He tratado de no copiarme, ni escribir mecánicamente; cuando intuía llegar a la cercanía de una repetición me preparaba para producir un salto; en unas ocasiones fue tan arriesgado que mi escritura adoptaba una forma antagónica a las del pasado. Ese antagonismo era una mera ilusión, una fachada; al tener que leer toda mi obra he descubierto que existe una clara unidad en ella, pero también diversas posibilidades de deslizarse a otras preocupaciones formales. He tratado de manejar una realidad siempre visible, pero cada vez más dúctil y más enmascarada; la parodia me ha permitido dinamitar los muros más recios. Y si el manejo de la Forma se transformaba también lo fueron los espacios donde las tramas se desarrollaban: Roma, Venecia, Barcelona, Pekín, Londres, Varsovia, Bujara, Samarcanda. Lo que acerca y comunica esas escenografías son los personajes, por lo general todos mexicanos, con sus vicisitudes, extravagancias y remordimientos a miles de kilómetros del lugar donde dejaron enterrado su cordón umbilical. El lenguaje, la Forma, la trama aparecen al mismo tiempo y desde el inicio; cada entidad va dirigiendo a las otras, y las pulsiones, crispaciones, fisuras y reconciliaciones que se producen en ellas me permiten construir una visión oblicua, onírica, delirante del relato, y lograr un final abierto y felizmente conjetural.

17 de mayo:

Llevo cinco días instalado. Los jardines y palmares cubren una superficie de varias hectáreas. Los pacientes son extranjeros, la mayoría venezolanos. Hay un amplísimo hotel, varios restaurantes, en uno muy pequeño, El Rocío, comemos algunos mexicanos, canadienses y una señora panameña. Paz Cervantes ha venido a curarse de un enfisema, llegamos por instrucciones del doctor Jorge Suárez, nuestro homeópata en Xalapa, para terminar un tratamiento de ozono que iniciamos con él; por lo que nos han

dicho la clínica de ozono de La Pradera es uno de los pocos lugares del mundo en que esa técnica se aplica. Todas las mañanas, inclusive el sábado y el domingo, vamos a la clínica. La enfermera es precisa, pero hay días que la curación se vuelve ardua y le toma mucho tiempo. Mis venas desaparecen paulatinamente, la extracción de la sangre y sobre todo la devolución de ella al organismo a veces presenta dificultades. Además de asistir a la clínica, Paz y yo vamos juntos a comer y luego hacemos un paseo de media hora o una hora en el jardín. El tiempo restante lo dedico a leer, escribir estas notas y descansar. En los primeros momentos en La Pradera me sentí Hans Castorp ocupando una vida de exámenes médicos y curaciones en un lugar aislado del mundo. Poco después me desdigo, nuestras circunstancias son totalmente diferentes: su hospital se hallaba en una montaña ceñida eternamente por la nieve; aquí, en cambio, en mi *spa* caribeño estoy rodeado de toda clase de palmas, de bugambilias y plantas tropicales, y el calor es abrumador. Pero lo que radicalmente nos separa es una educación distinta, el idioma, la cultura, las raíces, los mitos antagónicos. Castorp llegó a su montaña mágica algo así como a los veinte años, y yo me matriculé en La Pradera a los setenta y uno. A Hans Castorp le interesa todo, tiene la vida por delante, o así lo cree, hace amistades con facilidad, le entusiasma escuchar las polémicas entre Nafta y Settembrini y ha conocido por primera vez el amor con una mujer fascinante, y yo, a las orillas de La Habana, sólo saludo a uno que otro paciente, eso sí con corrección, y eludo las charlas con las que tratan de matar un tiempo que para ellos les resulta vacío y que yo disfruto intensamente en mi habitación. Esta amplitud de tiempo me permite hacer ejercicios, descansar voluptuosamente en mi cuarto donde leo horas y horas y horas como hacía tiempo que no había podido hacerlo. Cuando viajo llevo más de una docena de libros para tener varias opciones de lectura. Llegué a La Pradera con varios clásicos españoles: Cervantes, Tirso de Molina y Lope, algunas novelas de jóvenes mexicanos que conozco poco: Toscana, Fadanelli, Montiel y González Suárez, dos novelas de Sandor Marai, el último libro de Tito Monterroso: *Literatura y vida*, los diarios de Gombrowicz, una

novela policial del suizo Friedrich Glauser: *El reino de Matto*, la única suya que me falta leer.

Me he propuesto visitar La Habana sólo los sábados y domingos, después de salir de la clínica. Anteayer fue nuestro primer sábado, fui con Paz al Museo de Bellas Artes a ver la soberbia colección de Wifredo Lam, pasamos al hotel Meliá a comprar *El País*, recorrimos el corazón de La Habana, y en los puestos de libros encontré algunas maravillas: la poesía completa de Gastón Baquero y la de Emilio Ballagas, la obra narrativa casi completa de Lino Novás Calvo, de quien fui incondicional en mi juventud. La Habana vieja es un portento, añade al cosmopolitismo turístico la fuerza popular del Caribe. Pululan los músicos por todas partes. Cuando conocí La Habana por primera vez los turistas llegaban de Estados Unidos; hoy los que hablan inglés en las plazas y en los restaurantes son canadienses; pero también se oye francés, italiano, mucho alemán, y en abundancia el español de España. El lenguaje de los negros y mulatos me resulta casi ininteligible, un papiamento extraordinariamente melodioso, como extraído de poemas del primer Guillén, de Ballagas y los cuentos de Lydia Cabrera. Podría ser que en mis primeras visitas a Cuba, antes de la revolución, los mulatos no circulaban por las calles de La Habana vieja en tal cuantía, o que en esos tiempos se esforzaran por hablar con un español de acento cubano regular para no ser despreciados por los blancos, o quizás mi memoria retuviera otros aspectos de la ciudad para mí más atractivos que la manera del habla popular.

De pronto me vi frente al Floridita, el bar donde Hemingway, ya se sabe, pasaba a tomar sus daikiris al llegar a La Habana; a su lado está La Zaragozana, el mejor restaurante de Cuba y uno de los más antiguos de la ciudad, abierto a mediados del XIX. Entré allí como convocado a descifrar una parte de mi pasado, a jugar al acusado, al fiscal y al juez en una misma persona. La decoración de La Zaragozana a la que entré el sábado me era desconocida. Las paredes del restaurante están pintadas con fachadas de viejas fondas españolas y eso me desconcertó; en cambio, los muebles, los uniformes y el estilo de servir de los meseros tenían todo el gusto del pasado, como en las mejores películas de Lubitsch. La cocina de La Zaragozana mantiene el alto nivel de siempre. “¿Cuándo viniste aquí la primera vez?”,

me preguntó Paz. Hice la cuenta y me quedé petrificado: ¡cincuenta y un años! Debió de ser en los finales de febrero o los primeros días de marzo de 1953. Era yo un joven que estaba por cumplir los veinte años, lo recuerdo bien porque tuve que salir de México con la aprobación de un tutor.

Un grupo de compañeros de la universidad habíamos planeado un viaje suramericano para las vacaciones. Nuestro proyecto era cruzar horizontalmente los países andinos. No sé si por emular un viaje notable, tal vez el de Francisco de Orellana. Saldríamos de Veracruz, en un barco una línea marítima italiana para llegar a La Guaira; de inmediato subiríamos a Caracas y de allí cruzaríamos aceleradamente Colombia, Ecuador y Perú, de donde navegaríamos por el Pacífico hasta llegar a Manzanillo. Conseguí el dinero con mis familiares; sólo obtener el pasaporte tuvo complicaciones; la mayoría de edad se lograba entonces hasta los veintiún años. Yo era huérfano, de manera que mi tutor tendría que otorgarme el permiso para salir al extranjero, pero él vivía en Córdoba y no podía viajar a la capital; tuve que hacer trámites bastante complicados para que una tía, Elena Pitól, se convirtiera en mi tutora y se presentara conmigo en Relaciones Exteriores. Cuando estuvimos ante los funcionarios ella se soltó a contar anécdotas absurdas de mis caprichos de niño y acusaciones de los actuales, lo que me sacó de quicio. Ya en el último mes, uno por uno los compañeros fueron desistiendo del viaje, algunos por falta de dinero, otros por enfermedad y supuestos accidentes repentinos, otro, sobrino de un almirante, insistió que aquel viaje sería un desastre, era la época de las peores tormentas en el Atlántico y viajar en barco significaría internarse al infierno. En fin, sólo yo emprendí el viaje. Había perdido varios días debido a los trámites de la tutoría y el pasaporte. Al llegar a la aduana de Veracruz, entre un chubasco y un ventarrón terribles, me dieron una noticia fatal: el *Francesco Morossini* había partido unas cuantas horas antes. El representante de la línea italiana me dijo que la tormenta estaba ya entrando y el barco corría peligro anclado en el muelle, por eso tuvo que salir hacia cuatro horas rumbo a Nueva Orleans, la primera escala del viaje. No pudieron esperarse por la demora de únicas dos personas. Yo y un anciano italiano con aspecto de tísico fuimos los que nos quedamos en tierra, pero cuando el representante vio mi boleto y

se enteró que iba a Venezuela, me dijo que aún habría posibilidad de alcanzar al *Francesco Morossini* en La Habana. Otro empleado añadió que un barco de carga brasileño que la empresa también manejaba, saldría al día siguiente hacia Cuba. “Si se atreve a viajar en ese carguero que no tiene la mínima comodidad podría alcanzar al *Morossini*, el pasaje corre por nosotros. ¿Le conviene?”, me preguntó. “Desde luego me conviene”, exclamé con entusiasmo. En cambio el anciano no aceptó. Gritaba que no sabían con quién se estaban metiendo, que iba a enjuiciar a la empresa y a los aduaneros y de repente se echó a llorar.

¡El complicado laberinto para llegar a La Zaragozana de 1953! Me pasma el joven que he sido. Me es casi imposible creer que aquel joven fuese el anciano que con esfuerzo recuerda un capítulo tan lejano de su vida. Me es más fácil establecer una distancia para contar sus hazañas en La Habana; utilizaré la tercera persona como si yo fuera otro. El carguero brasileño llegó a La Habana dos días después, al anochecer; la aduana y los servicios del puerto ya habían cerrado. Aquel joven contempla desde lejos la ciudad fascinado ante el panorama prodigioso; permanece un rato más en la cubierta percibiendo cómo el crepúsculo arropaba a la ciudad. Repentinamente, casi en un instante, cae la noche y en ese mismo momento un repentino manto de luces surge del suelo. La ciudad se ha iluminado violentamente y su belleza se potencia. De pronto llega un bote de motor y se acerca al casco del barco; de la cubierta alguien tira una escalera de cuerdas por donde inmediatamente suben los representantes cubanos de la compañía marítima a la que pertenecía el *Francesco Morossini*, y también algunos empleados de sanidad y aduana. Alguien vocea su nombre y él se presenta ante los oficiales. Le dicen que puede subir al bote y asistir mañana muy temprano a la aduana para recoger su maleta. La empresa se ocupará de su alojamiento hasta que llegue el barco. Le entrega su pasaporte a un funcionario, se lo devolverían al día siguiente. Un marinero italiano le hizo bromas por haber perdido el barco, y le sugirió burlonamente que estuviera alerta para no quedarse en tierra cuando el *Francesco Morossini* saliera de Cuba.

Ahora, cincuenta y pocos años después, al pasear por las calles de esta ciudad voy encontrando algunas huellas de esa estadía, algunos jirones de

memoria comienzan a activarse, pero otros se resisten a salir a flote. No recordaba por ejemplo dónde durmió durante esos días, si en un cuarto de la empresa naviera o en otra parte, estaba seguro de que no en un hotel; le era en cambio que de día y de noche recorría la ciudad, tanto las partes más reposadas como las más estrepitosas, y que en esas andanzas comparaba la ciudad de México con la que estaba descubriendo, y la suya le parecía un inmenso monasterio habitado por una multitud de monjes trapenses, un desierto, un silencio infinito, una morigerada grisura; en cambio en la otra intuía una borrasca, un edén, la apoteosis del cuerpo, un vértigo, la gloria total.

La primera noche el marinero italiano y dos jóvenes cubanos, empleados de la empresa, lo invitaron a pasear por La Habana. Recorrieron toda clase de bares, llegaron al barrio chino, entraron a un trepidante cabaret con espectáculos de una procacidad tan desmesurada que jamás hubiera concebido: El Shangai. El marinero comenzó a condolerse de que no podía hacer nada de lo que deseaba, se había quedado una semana en La Habana porque le habían pegado una asquerosa purgación y brotado unas burbujas rojizas bastante sospechosas en el pecho; el doctor le curó con pomadas esas ronchas asegurándole que no eran demasiado peligrosas y que también la purgación que al principio fue torrencial estaba comenzando a secar; maldecía a una pasajera, una compatriota suya de mierda con quien se acostó varias veces en el viaje, también frecuentada por otros marineros y varios pasajeros, cuya furia vaginal no la colmaba nadie; tenía que ser cauteloso, decía su médico, para no reincidir, porque eso sí podría ser peligroso. Declaraba a toda voz que era un martirio recorrer esos lugares que eran los que más disfrutaba, y saludaba a todo el mundo, dándole noticias a quien las quisiera oír de que su pene comenzaba a reponerse, por lo menos ya se le paraba, pero debía ser cuidadoso, repetía, extremadamente cuidadoso para evitar que esa porquería se le volviera crónica. Decía también que durante siete años había hecho la misma ruta y que de todos los puertos su preferido era La Habana, especialmente por poder recorrer el barrio de los chinos, oír a los músicos y singar con las mulatas. Acababa de cumplir veintiocho años y maldecía al diablo por darle ese golpe como regalo.

Al joven mexicano la reiteración de los males venéreos del marino, los gestos extremados, su oratoria victoriosa, le parecían demasiado teatrales, una ostentosa celebración de virilidad, una presentación al mundo de medallas y trofeos ganados con su pene, pero poco a poco se fue acostumbrando y aun divirtiéndose con eso. El marino como los jóvenes empleados de la empresa conocían y saludaban a mucha gente. Algunos peatones se acercaban para conversar con el enfermo, le preguntaban cómo iba su caso, ¿se estaba aliviando?, ¿todavía le seguía saliendo la pus del caso?, a lo que el marino corregía: “¡Qué caso ni qué caso, lo que tengo en las verijas es un cazzo de a de veras, ¿se les antoja verlo?”. Todos le recomendaban un remedio casero mejor que el otro: ungüentos, infusiones, semillas molidas, humo de hojas de tabaco, vinagres, pedos de una santera, baba de sapo; las mujeres le hacían bromas pesadas: “¡lástima de ese nené que no volverá a levantarse!”, y sonreían malignamente. Las cortinas que cubrían las puertas de los alrededores del Shangai estaban hechas con hilos compactos de caracoles minúsculos y bisutería barata; uno las hacía de lado con la mano y en el interior aparecían salones de juego o fumadores de opio. La música lo cubría todo, cantantes de ambos sexos, de todas las edades, mulatos vestidos de colores brillantes intensísimos, al igual que los instrumentistas que los rodeaban tanto en los bares como en la calle.

El joven estaba feliz, jamás había sentido tan intensa comunicación con sus sentidos, con su piel, en todo su cuerpo. Extasiado, vivía como en un sueño del que jamás quería desprenderse.

Al día siguiente, hacia el mediodía, sin haberse bañado, ni cambiado de ropa, seguramente maloliente, con una jaqueca atroz, sin saber bien a bien dónde había dormido, salvo que era en un edificio de varios pisos no muy lejos del barrio chino; caminó hasta la avenida central y al ver a la luz del sol los lugares frecuentados la noche anterior concluyó que había soñado todo. La calle era absolutamente otra, llena de lavanderías y pequeños comercios de comida oriental para llevar a domicilio. Llegó al Shangai, que desde luego estaba cerrado, y le preguntó estúpidamente a un transeúnte a qué hora abría ese local; el otro quiso saber de dónde llegaba y el joven contestó, claro, que de México, y añadió que acababa de llegar a La Habana. El cubano se echó

una carcajada: “¿Así que el mexicanito quiere conocer el Shangai, eh? Apenas llegaste y ya preguntas por el lugar, ¿no es cierto? Esto se abre en la noche hacia las diez, pero las horas buenas comienzan después de la medianoche y se cierra hasta la salida del sol. Pero mira, no vengas solo y trae poco dinero, porque en estos rumbos hay gente muy peligrosa, muy, pero muy peligrosa. Así que ya sabes...” El joven se alarmó, bajó la vista y advirtió que llevaba unos zapatos que no eran los suyos, y se quedó estupefacto. Se metió la mano al bolsillo derecho del pantalón, palpó la cartera, pero no quiso sacarla en la calle, se acercó a un policía y preguntó por dónde podía llegar al puerto, la compañía marítima estaba frente a él, echó a correr, fue preguntando a la gente, estaba seguro de que le habían robado el dinero, la cartera la tenía, pero alguien podía haberla sacado, retirar los dólares y meterla de nuevo al bolsillo; tenía ganas de vomitar, le dolía el estómago, tenía la camisa empapada de sudor, corría con la mano derecha asida de la cartera, ni siquiera se atrevió entrar en un W.C. de algún café. El dolor de cabeza era enloquecedor. Durante la carrera intentaba saber qué había pasado en la noche, pero no lograba saber a qué hora se perdieron sus compañeros. De pronto extraía jirones confusos de bares, mujeres cantando, y entradas y salidas de taxis, a veces se veía solo, otras hablando con grupos que lo abrazaban y lo hacían reír a carcajadas, en todos los lugares estaban los músicos, las cantantes, la rumba, el bolero, el feeling, chico...

21 de mayo:

Al día siguiente recorrió las librerías y consiguió algunos libros de la colección *El Ciervo Herido*, publicada por Manuel Altolaguirre, encontró las piezas teatrales breves de Pushkin, que leyó con deleite en el tramo de La Habana a La Guaira. El librero le indicó que al lado de la Universidad podría conseguir lo mejor de la literatura cubana. Caminó por esa avenida que desemboca en la monumental escalera de la universidad. Al acercarse, vio las escaleras cubiertas por decenas de millares de personas, estudiantes sobre

todo, con banderas de luto y pancartas, seguramente de protesta. Estaba ya casi en la última calle, pero no la atravesó; grupos numerosos de jóvenes se dirigían en la misma dirección, y empujaban con fuerza a los de adelante para cruzar la calle y llegar a las escaleras; de repente se presentó un pelotón de policías armados y comenzaron a detener a quienes intentaban pasar la calle y a subirlos en carros militares. El joven logró retroceder varios metros, una estudiante le dijo que estaban velando el cadáver de un dirigente universitario asesinado por la policía el día anterior. La universidad estaba alterada. La multitud que cubría la escalera se movió lenta, imponentemente y bajó algunos escalones, en el centro descendía el féretro sobre los hombros de seis estudiantes. Estallaron los himnos revolucionarios, el himno nacional, tal vez *La Internacional*. En ese momento todo se transformó en las escaleras de Odesa. Se oyó una balacera, los soldados comenzaron a hacer redadas y a irrumpir brutalmente en las escaleras. Una avalancha de cuerpos se movían hacia todas partes, algunos rodaban por las gradas. El joven inició el retiro, no fue detenido por suerte. Varias líneas de policías armadas se movían por la calle donde él se escurría. Poco después, supo en un café que el muerto se llamaba Rubén Batista, el tirano de Cuba tenía el mismo apellido pero no había ningún lazo familiar entre ellos. Fue el primer acto público al que el joven se acercó. Después participó en muchos más y en diferentes lugares.

23 de mayo:

Y así, en una mesa de La Zaragozana, me fue dado asistir a esas antiguas imágenes de mi vida, encapsuladas en los desvanes del subconsciente, algunas, pocas, muy claras; otras borrosas o trucas que sólo dejaban percibir mínimos detalles, ecos de ecos de algo informe que aún no puede desprenderse de las sombras. Mi mayor asombro fue recordar que durante esos días de La Habana y los siguientes en la travesía hacia Venezuela, comencé a escribir. Varias veces he insistido por escrito y oralmente que el inicio de mi obra tuvo lugar en Tepoztlán unos cuatro años después de ese

primer viaje al Caribe. Y descubro que no es verdad. La primera vez fue en la cubierta del *Francesco Morossini* cuando tratando de escribir una carta probablemente a uno de los amigos que desistieron del viaje, empecé un poema. Había estado viendo el mar, de pronto surgieron unas frases que aspiraban a describir las cualidades del océano, su música, sus brillos y opacidades y el contraste de su magnitud con el diminuto, grisáceo y átono destino del hombre. ¡Quedé arrobado! En la noche volví a leerlo y me pareció pasable pero un tanto pomposo. Para nada quería imitar a Valery, sino a Tristan Tzara y ser el primer poeta dadaísta de México, salvaje y sofisticado, de manera que en los tres o cuatro días que faltaron para llegar a La Guaira, en la cubierta, en mi camarote o en el bar, deformé, desconstruí y rehabilité varias veces todos los versos del poema.

En Caracas conocí a una familia mexicana muy conservadora, elegante y ampliamente hospitalaria, la de don Ángel Altamira, cuya hija, Malú, había conocido en México, me invitó a pasar unos días en una inmensa casa de campo en Los Chorros, un mundo edénico de residencias y espléndidos jardines a las orillas de Caracas, donde pasé más de un mes leyendo poesía, novelas policiales del Séptimo Círculo, la colección dirigida por Borges y Bioy Casares, y otros libros de los que sólo recuerdo con entusiasmo *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, acabado de editar en México.

Jamás he conocido una existencia tan severa como en Los Chorros. Mi actitud, mi simple presencia eran antagónicos a los ritmos orgiásticos de La Habana. Me desconocía. Estaba tan a gusto con las formas protocolarias de esa familia que renuncié a viajar por las otras repúblicas andinas. En el barco de regreso recuperaré mi antigua personalidad. En esa familia de mecenas escribía y describía versos. Estaba convencido de que mi poesía era absolutamente insólita; la concebía como una suma de estridencia, elegancia y lejanía; en eso me diferenciaba de Tzara y sus alumnos.

28 de mayo, en el avión:

La cura ha dado resultados sorprendentes. La semana pasada estuve todas las tardes en la clínica neurológica, especialmente en la sección de logopedia y foniatría donde me hicieron una revisión logofoniátrica. En mi expediente leo que me fue aplicado el test neuropsicológico de Luria y el test de Denominación de Boston, de los que no tenía ningún conocimiento; estudiaron también con cuidado los resultados de unas resonancias magnéticas y corroboraron que el cerebro estaba bien, como también me lo habían dicho los especialistas de México; el problema del lenguaje, dicen, puede ser resultado de fatiga o de temor a las vicisitudes de la vejez. Me han sugerido varios ejercicios de prosodia y articulación vocal para hacerlos al llegar a Xalapa.

Hoy es el último día en Cuba, mañana por la madrugada volaremos a México. Hoy en la noche iremos a despedirnos de La Habana. Hacía muchos meses que no lograba escribir, desde enero, me parece. Se me escapaban las palabras, se me quedaban a medias, me confundía con las conjugaciones, con el uso de las preposiciones, se me paralizaba la lengua. Al tratar de leer lo que perpetraba en mis cuadernos durante los últimos meses encontraba fragmentos de algo parecido a un *Finnigan's Wake* del paleolítico inferior grabados en piedra por algún aturdido hombre de Neanderthal.

Antonio Tabucchi comentó una vez que Carlo Emilio Gadda invitaba a desconfiar de los escritores que no desconfían de sus propios libros.

Nota del editor:

El Instituto de Estudios Iberoamericanos fue sede del Coloquio Internacional “Sergio Pitól: Una literatura interdisciplinaria”, celebrado el 19 de octubre de 2007, con la presencia de Sergio Pitól.